

# TIRANOS (GENGIS KHAN, PERIANDRO, ANAKIN) Y DICTADORES (RAMIRO II, ELIDUR, MOISÉS, ODÍN, LUKE SKYWALKER): LOS MITOS Y LAS METÁFORAS DEL PODER

---

José Manuel Pedrosa\*

*Para Antón Alvar*

## Resumen

El motivo narrativo del tirano que corta la cabeza de sus súbditos rebeldes como si fuesen espigas o plantas ha sido documentado en el marco de cuentos, de leyendas y de epopeyas de muchos tiempos y lugares. Desde la Grecia de Heródoto hasta la China de Gengis Khan. Y llega, a veces muy transformado y desarrollado, hasta las ficciones modernas, incluidas la novela y el cine. En el camino, se mezcla con otros motivos y se integra dentro de tipos narrativos diferentes, cuyo argumento suele ser el del abuso del poder político.

## Resumo

O motivo narrativo do tirano que corta a cabeza dos súbditos rebeldes como se fossem espigas ou plantas está atestado em contos, lendas e epopeias de muitos tempos e lugares, da Grécia de Heródoto à China de Gengis Khan. E chega, por vezes muito transformado e desenvolvido, até à moderna ficção, incluindo o romance e o cinema. Pelo caminho, mistura-se com outros motivos e integra-se em tipos narrativos diferentes, cujo tema costuma ser o abuso do poder político.

## Abstract

The narrative motif of the tyrant who beheads his rebel subjects as if they were corn heads or plants exists in attested in folktales, legends and epics of many different times and places, from the Greece of Herodotus to the China of Genghis Khan. And it comes down to modern fiction, including novels and films, often transformed and developed. On its way, it gets mixed with other motifs and integrated in different narrative types which have in common the overall theme of the abuse of political power.

---

\* Facultad de Filología. Universidad de Alcalá de Henares. C/Trinidad 5. 28801 Alcalá de Henares. España.

Por ejemplo, ese alguien abre por puro azar el libro V. Lo abre, lee un fragmento y se entera de que en Corinto, después de treinta años de un gobierno sanguinario, murió el tirano que atendía al nombre de Cípselo y de que su puesto fue ocupado por su hijo Periandro, quien, como se descubriría más tarde, resultó mucho más sanguinario que el padre. Dicho Periandro, cuando todavía era un dictador principiante, quiso saber cuál era la mejor manera de conservar el poder, así que envió una embajada al dictador de Mileto, el viejo Trasibulo, con la pregunta de qué hacer para mantener a la gente en permanente estado de miedo y sumisión rayana en la esclavitud... (Ryszard Kapuscinski, *Viajes con Hérodoto*, 2004).

#### DE LA TIRANÍA (I): GENGIS KHAN Y LA HISTORIA SECRETA DE LOS MONGOLES

La *Historia secreta de los mongoles* es la gran epopeya de orígenes del pueblo mongol. Debió ser puesta por escrito (reelaborando, por supuesto, materiales de vieja tradición oral) entre 1228 y 1250, por alguno o por varios anónimos cortesanos mongoles, y se ha conservado gracias a que fue traducida al chino (idioma en que también se le añadieron abundantes glosas y comentarios) un siglo después. Sus varias ramas textuales, su complejísimo devenir, manuscrito e impreso, a lo largo de los siglos, los problemas de fijación de su forma y de interpretación de su fondo, son abrumadores.

Nos detendremos ahora sólo en uno de sus episodios narrativos más dramáticos e impactantes: el VI:1375-1384, aquel en que Chinguis, es decir, Chinguis Khan, o Gengis Khan, el gran caudillo del pueblo mongol, aplica un castigo severísimo a sus prisioneros tártaros:

Expoliadas las cuatros tribus tatar, Chinguis convocó en secreto a las gentes de su propia casa y dijo: “Los tatar mataron a nuestro padre, y aún no lo hemos vengado; ajusticiemos a cuantos sean más altos que la pezonera de un carro, y sirvámonos de los que quedan como siervos”. Discutieron la propuesta, y a todos pareció bien; mas como al concluir la reunión, el tatar Yeke Tsering preguntase a Belgütei qué habían discutido, y Belgütei le dijera: “Vamos a matar a todos aquellos de vosotros que seáis más altos que la pezonera de un carro”, Yeke Tsering repitió sus mismas palabras a los demás tatar, y éstos se atrincheraron en una fortificación de la montaña. Chinguis ordenó atacarla, y el ejército logró abrirse paso, aunque con gran trabajo, matando al cabo a los varones más altos que la pezonera de un carro. Pero ellos también murieron en gran número, pues antes, cuando Yeke Tsering tuvo noticia de los planes mongoles, había dicho a los otros: “Que cada cual esconda un cuchillo, y cuando vayan a matarlo, se lleve por delante a uno de los suyos; que ninguno muera de balde”; y, llegado el momento, cada cual sacó su cuchillo, con que muchos soldados fueron muertos o heridos. Acabado el suceso, Chinguis dijo: “Belgütei reveló a otros un negocio de gran consecuencia que habíamos tratado entre los miembros de nuestra propia tribu, y muchos soldados han

sido muertos o heridos por culpa de ello. Prohibimos, pues, que Belgütei asista a las grandes deliberaciones futuras; que [cuando éstas se celebren] atienda otros negocios [del campamento], como peleas, hurtos u otras cosas del mismo jaez, y que sólo entre, él y Da'aritai, una vez concluida la junta, después de la bebida.<sup>1</sup>

La anécdota podría parecer una más entre las muchas y muy llamativas que atesora la *Historia secreta de los mongoles*. Sobre todo porque muchos más pasajes de la obra –que es, en cierta medida, una monumental reflexión sobre el uso de la violencia para alcanzar y ejercer el poder– dan cuenta de la entusiasta afición de Gengis Khan a decapitar a súbditos y enemigos, a personas cercanas y lejanas. De hecho, en el pasaje inmediatamente anterior al que acabamos de conocer, el caudillo mongol amenaza con la decapitación a cualquiera de sus soldados (es decir, de los suyos, de sus súbditos) que no siga sus instrucciones en la batalla. Y en el inmediatamente posterior, manda decapitar a un joven no mongol al que acaba de robar la esposa.

Aunque no deja de dar muestras de generosidad (cuando le conviene) y de nobleza (cuando le viene bien), Chinguis, o Gengis Khan, se nos revela, en muchos episodios de su épica biografía –a ojos, por lo menos, de los lectores modernos– como un tirano sangriento, como un obsesivo decapitador que hace un uso muchas veces extremo de la violencia.

#### DE LA TIRANÍA (II): BATRAZ EN LA MITOLOGÍA DE LOS OSETAS Y DE OTROS PUEBLOS DEL CÁUCASO

La mitología de los osetas, pueblo del norte del Cáucaso que habita a ambos lados de la frontera que separa Rusia de Georgia, lleva mucho tiempo fascinando a cuantos estudiosos se acercan a ella. La lengua oseta deriva de la lengua de los antiguos escitas que dejaron maravillado a Heródoto. Y sus mitos y leyendas son de complejidad y densidad excepcionales. Uno de sus héroes principales es el asombroso Batraz, quien, según cada época y cada tradición local, puede recibir nombres diversos y manifestarse bajo avatares diferentes: una especie de invencible guerrero hecho de metal, identificado a veces con el rayo, al que mitógrafos como Georges Dumézil relacionaron con el Ares de los antiguos escitas. Batraz fue el protector de los nartos, su propio pueblo, hasta el momento en que se convirtió en su perseguidor implacable, en el más aborrecido de sus tiranos, cuando se empeñó en considerar –injustamente– a los suyos cómplices de la muerte de su padre.

Descubrimos, así, un primer vínculo con el episodio de la leyenda de Gengis Khan que acabamos de conocer: a la muerte violenta de sus respectivos padres respondieron los dos tiranos con el uso indiscriminado de más y de peor violencia. Y podemos adelantar, ya, otro motivo relacionado con

---

<sup>1</sup> *Historia secreta de los mongoles*, ed. L. Ramírez Bellerín, Madrid, Miraguano, 2000, pp. 190-191.

muchas de las narraciones que enseguida iremos desgranando: un caudillo que al principio fue protector, benefactor, se metamorfosea de repente en sanguinario azote de los suyos.

En *Las aventuras del narto Sasrequa y de sus noventa y nueve hermanos*, una epopeya popular abjaza que gira en la órbita de la mitología oseta, puede leerse este curioso episodio de la epopeya de Coeco, una de las máscaras locales de Batraz:

Unos gigantes llegados de más allá del mar construyeron una fortaleza, desde donde inquietaban a Sasrequa y su pueblo. Ante esta noticia, Coeco se pintó un lado de la barba de negro, el otro de blanco, pintó lo mismo sus vestiduras y su caballo y voló en su auxilio. Por el camino, en un estrecho sendero, se encontró con una mujer, espada en mano: era su madre, que venía a cerciorarse del valor de su hijo.

No la reconoce, inicia el combate y, cuando está a punto de matar al adversario, su madre se descubre:

– ¡Que sea feliz tu camino, hijo mío! Toma esta espada. Sólo con ella vencerás a los Gigantes. Haz sólo lo que te voy a decir. Que Sasrequa se procure siete troncos de robles, siete de moral blanco, siete de nogal, que se procure los nervios de cien búfalos y construya una catapulta capaz de disparar vigas gruesas como el cuerpo de un hombre. Que te aten a un tronco de cornejo, que tiren de la cuerda y te lancen, fijo al tronco, a la fortaleza enemiga. Les caerás en la cabeza como nieve en un cielo sereno. Te prenderán, te echarán a un pozo y lanzarán sobre ti todo lo que encuentren. Ten tu espada en alto y corta en dos todo lo que te tiren. Quedarás indemne. A tu derecha e izquierda el pozo se irá llenando y tú subirás como por una escalera. Cuando llegues al borde, arrójate sobre los enemigos y hiérelos con esta espada: nadie podrá resistirte.

Encontramos, aquí, al caudillo protector de su pueblo, que recibe de un ser más experto y más sabio una espada especial, carismática, prodigiosa, y unas indicaciones de uso que le permitirán caer “en la cabeza [de los enemigos] como nieve en un cielo sereno”, elevarse hasta ellos desde una posición inferior, y destruirlos con su arma. Motivos de los que, a medida que vayamos avanzando por estas páginas, escucharemos ecos nuevos y sugerentes, que nos permitirán evocar más de una vez estos dramáticos relatos de los osetas.

Es significativo que, para Dumézil,

Batraz no se aparta de la vocación violenta, combatiente, que se ha concretado en su sustancia: es el héroe de acero, de un acero que un templado maravilloso ha endurecido y fortificado más aún. No consta en su expediente el menor desfallecimiento: ninguna historia de mujeres, ninguna complacencia, ni uno de esos miedos súbitos que padecen los más bravos [...] Si Batraz no falta jamás a su vocación, no peca por ninguna variedad de debilidad, peca gravemente por lo contrario, el exceso. Es inflexible, despiadado y, en una

palabra, cruel. Mientras aplica este rigor a los enemigos de los nartos, a los Gigantes, a los extraños, no tenemos ninguna razón de alarmarnos. Pero todo cambia en el gran viraje de su vida. Después de que matan a su padre Xaemyc, no le queda más que un propósito: la venganza. Y la lleva adelante con tanto encarnizamiento que Dios, reconociendo en ello un encadenamiento de intolerables pecados, decide cortarlo con el gran recurso: Batraz muere.<sup>2</sup>

El nuevo Batraz, el Batraz tiránico, mata primero a Buraefaernyg (responsable directo de la muerte de su padre) y a sus siete hijos, mediante el previsible procedimiento de la decapitación. Después, mete las cabezas en bolsas, se las presenta a sus viudas, las lleva a un campo sembrado de espinas, engancha a las pobres mujeres como bueyes, y las obliga a trillar descalzas. No contento con ello, se vuelve contra su propio pueblo, el de los nartos, al que obliga a realizar todo tipo de empresas imposibles, tras lo cual se aplica a su destrucción mediante la espada y el aplastamiento bajo los cascos de sus caballos. Después, saca una vez más la espada y corta las manos y las alas (tarea más original que la de cortar simples cabezas) de los genios y de los espíritus que estaban juzgando el alma de su padre. Como éstos piden ayuda a Dios, Batraz se vuelve también contra éste, y llega a penetrar en el cielo y a decapitar (vuelta a la venerable tradición de la decapitación) a varios ángeles.

Pero Dios acaba con él haciendo que el sol dé en un día el calor de todo un año, y calentando el cuerpo metálico del héroe hasta la muerte. En otras versiones, el tirano Batraz (o alguno de sus avatares) es precipitado en el mar, o muere en el mismo momento en que su espada –que estaba mágicamente vinculada a su existencia– desaparece en el mar.

La evolución a peor del personaje de Batraz recuerda poderosamente la conversión a la violencia de los primero tolerantes Periadro, Trasibulo, Sesto Tarquino o Ramiro II, o la degeneración del Anakin Skywalker de la saga de *Star Wars* (*La guerra de las galaxias*). De las leyendas de los cuatro primeros daremos cuenta enseguida. De Anakin, al que dejaremos para más adelante, podemos adelantar que pasa de ser el protector esforzado de su pueblo, el defensor de los débiles y oprimidos, a convertirse en homicida indiscriminado y cruel de hombres, mujeres y niños –terrible escena aquella que sugiere cómo descuartiza fríamente a criaturas inocentes–, en emisario oscuro y casi invencible de la muerte y la destrucción de los suyos. Del mismo modo, la relación mágica, simbiótica, de Batraz con su espada –que estaba mágicamente vinculada a su existencia– no deja de parecerse a la que tienen Anakin y los caballeros Jedis con las suyas, o a la que el jinete fantasmal –otro descuartizador de inocentes, incluso de niños– utiliza en sus correrías por el pueblo de *Sleepy Hollow*, de acuerdo con la fábula de Washington Irving a la que más adelante atenderemos.

---

<sup>2</sup> Geoges Dumézil, *Escitas y osetas*, trad. J. Almela, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 48. La fuente de Dumézil fue una traducción al ruso, de 1962, de la epopeya abjaza.

DE LA TIRANÍA (III): DE HERÓDOTO A FRONTINO

Tanto Gengis Khan como Batraz se nos muestran, en sus epopeyas respectivas, como dos tiranos cada día más obsesivamente aficionados a decapitar a propios y extraños, y mediante técnicas de lo más sofisticado. El modo en que opera el primero de ellos es, desde luego, muy sugerente: el descabezamiento debe aplicarse sólo a los enemigos cuya estatura supere la pezonera de un carro. El modo en que opera el segundo es también muy interesante: Batraz es instruido por una persona más sabia y experta que él (su madre) sobre cómo debe manejar con contrastada eficacia la espada decapitadora.

Ambos relatos, según nos han sido transmitidos por viejas e inmemoriales epopeyas asiáticas, muestran vínculos muy llamativos entre sí. Y parecen ser, aunque parcialmente y cada uno de un modo distinto, paralelos –argumentales y también ideológicos– de una vieja anécdota que está documentada en las obras de diversos autores griegos y latinos, como Heródoto (*Historia* V,92), Aristóteles (*Política*, III,8 y V,8), Dionisio de Halicarnaso (*Historia antigua de Roma*, IV,56), Tito Livio (*Ab urbe condita* I,54), Valerio Máximo (*De dictis factisque memorabilibus libri novem* VII,4,2) o Frontino (*Strategematon* I,1,4).

Las versiones grecolatinas describen el proceso de conversión a la violencia de un monarca que algunos detalles apuntan a que primero fue ingenuo, benévolo, protector, pero que un día envía un emisario al lugar en que se encuentra un hombre de más experiencia que él (a veces, otro tirano más viejo; en ocasiones, el propio padre del monarca) para que le asesore sobre el modo de imponerse a un grupo de súbditos que no le inspiran confianza. Heródoto y Dionisio de Halicarnaso atribuyen al tirano Periandro la petición de consejo, y a otro tirano, Trasibulo, la condición de consejero. Aristóteles trastrueca los nombres, y convierte a Periandro en el consejero, y a Trasibulo en el aconsejado. Tito Livio, Valerio Máximo y Frontino dan el papel de asesorado al rey Sesto Tarquino, y el de mentor a su padre, Tarquino el Soberbio.

Pues bien, el sabio, en vez de responder con palabras, se limita a dirigirse a un huerto y a cortar con su mano, o con una vara o espada, las partes que más sobresalen de algunas plantas. Cuando el emisario regresa y describe la escena a la que ha asistido, el monarca capta su críptico mensaje, y se las arregla para decapitar, con la omnipresente espada, a los más significados de sus rivales, con lo que logra consolidar su poder absoluto.

Como los textos clásicos que acabamos de mencionar son relativamente accesibles, me limitaré a reproducir el de Heródoto, que fue –hasta donde sabemos– el primer y modélico eslabón escrito de la cadena en que se engarzan las demás versiones grecolatinas; y, después, otro que no está exento de cierta originalidad: la traducción al castellano que Diego Guillén de Ávila hizo, en 1516, de la obra de Frontino.

He aquí el texto de la *Historia* V,92,450-455, de Heródoto:

Cipselo ejerció el poder por espacio de treinta años y su vida fue afortunada hasta el final, sucediéndole en la tiranía su hijo Periandro. Pues bien, al principio Periandro se mostró más benévolo que su padre; pero, desde el momento en que, por medio de mensajeros, entró en contacto con Trasibulo, el tirano de Mileto, se volvió mucho más sanguinario, si cabe, que Cipselo. Resulta que despachó un heraldo a la corte de Trasibulo para preguntarle con qué tipo de medidas políticas conseguiría asegurar sólidamente su posición y regir la ciudad con el máximo acierto. Entonces Trasibulo condujo fuera de la capital al emisario de Periandro, entró con él en un campo sembrado y, mientras recorrían el trigo, empezó a formularle al heraldo repetidas preguntas sobre los motivos de su viaje desde Corinto; y, de paso, cada vez que veía que una espiga sobresalía, la tronchaba –hecho lo cual, la arrojaba al suelo–, hasta que, con semejante proceder, acabó por destruir lo más espléndido y granado del trigo. Y, una vez atravesado el labrantío, despidió al heraldo sin haberle dado ni un solo consejo.

Cuando el heraldo regresó a Corinto, Periandro estaba ansioso por conocer el consejo. Pero el emisario le respondió que Trasibulo no le había dado ninguno, y que él estaba sorprendido de que Periandro lo hubiera enviado a la corte de un sujeto como aquél, un loco rematado que destrozaba sus posesiones (y le contó detalladamente lo que le había visto hacer a Trasibulo).

Sin embargo, Periandro comprendió el comportamiento de Trasibulo y se percató de que le aconsejaba asesinar a los ciudadanos más destacados; de manera que, a partir de entonces, hizo gala, contra los corintios, de la crueldad más absoluta, pues todo aquello que el despotismo asesino y persecutorio de Cipselo había dejado intacto, lo remató Periandro.<sup>3</sup>

Y he aquí la traducción castellana de 1516 del relato de Frontino:

Tarquino Soberbio, el padre, delirando que se devían matar los principales de los gabros, porque no quería que nadie lo supiese, no respondió cosa ninguna al mensajero que el hijo le había enviado; pero andando acaso en el huerto con una verga, derrocó las más altas cabezas de las dormideras. El mensajero, tornándose sin respuesta, dixo al mancebo Tarquino lo que vio fazer al padre y él entendió que lo mesmo se debía hacer a los más altos.<sup>4</sup>

¡Cómo recuerdan los viejos, sanguinarios y herméticos Trasibulo o Tarquino Soberbio, que envenenaron la personalidad de sus jóvenes pupilos y los convirtieron en personajes casi diabólicos, a personajes como el siniestro Emperador Palpatine de *Star Wars*, que tal y como analizaremos más adelante– corrompió maléficamente y ganó para su tiranía al antes inocente y benévolo Anakin!

---

<sup>3</sup> Heródoto, *Historia. Libros V-VI*, ed. C. Schrader, Madrid, Gredos, 1988, pp. 166-167.

<sup>4</sup> Sexto Julio Frontino, *Los Cuatro Libros de los Ejemplos, Consejos e Avisos de la Guerra (Strategematon)*, ed. Á. Gómez Moreno, Madrid, Ministerio de Defensa, 2005, p. 61.

DE LA DICTADURA (I): EL REY DON RAMIRO II EL MONJE Y LA EPOPEYA ESPAÑOLA DE LA CAMPANA DE HUESCA

La línea sutil que separa a un tirano de un dictador es, según las tradiciones culturales que estamos analizando –no según el más tolerante y avanzado derecho moderno, que tiende a separar el uso de los castigos violentos del poder político, y a delegarlo en el judicial–, la que separa la violencia desproporcionada, abusiva, cruel, de la violencia proporcionada, selectiva, justiciera. Los pueblos tiranizados (tártaros, nartos, griegos, romanos) de las leyendas anteriores se nos han mostrado como víctimas inocentes e indiscriminadas de sus dirigentes. Los pueblos cuyas leyendas vamos ahora a conocer fueron *beneficiarios* de la violencia ejercida por sus dictadores para imponer, destruyendo selectivamente a los malvados, la paz y el orden –o lo que cada cual quiera entender por paz y orden–. La maléfica tiranía se constituiría, pues, en un estado absolutamente diferente (incluso opuesto) a la virtuosa dictadura, dentro de esa filosofía política de signo tradicional que estamos analizando.

La memoria del caudillo que (por consejo de algún sabio) se dedica a descabezar a espadazo limpio a los más destacados de entre sus oponentes no se apaga en la antigüedad clásica. Tal y como nos han revelado dos estudios muy eruditos de Antonio Ubieto Arteta y de Antonio Alvar<sup>5</sup>, la España medieval fue escenario privilegiado de su revitalización gracias a que el viejo motivo narrativo ahormó el llamado *Cantar de la Campana de Huesca*, breve epopeya que debió ser puesta por escrito, posiblemente por un clérigo de algún monasterio del Alto Aragón, en el segundo tercio del siglo XII. Los ecos de la vieja epopeya han llegado hasta nosotros gracias a dos refundiciones prosificadas diferentes: la de los *Anales Toledanos*, y la de la llamada *Crónica de San Juan de la Peña*.

El suceso que ambas fuentes dan como cierto, aunque fue seguramente legendario –al menos en sus aspectos más novelescos–, “acaeció” presuntamente durante el breve reinado de Ramiro II (1134-1137) de Navarra, a quien se apodó *el Monje* porque fue sacado de un monasterio para que se hiciese cargo de la pesada carga de la monarquía. Lo cual, unido a lo plácido y escasamente ambicioso de su carácter, deterioró las relaciones con

---

<sup>5</sup> Antonio Ubieto Arteta, “La Campana de Huesca”, *Revista de Filología Española* XXXV (1951), pp. 29-61; y Antonio Alvar, “De Heródoto a la leyenda de la Campana de Huesca”, *Bulletin Hispanique* 82 (1980), pp. 5-15. Bibliografía adicional sobre la cuestión podrá encontrarse en las documentadísimas notas de este último. Nos limitaremos nosotros ahora a citar, sobre los muchos y variados ecos y derivados de la leyenda de *La campana de Huesca* en la literatura española posterior –romances, teatro, narrativa–, sobre todo de los siglos XVI y XVII, los estudios de Marcelino Menéndez Pelayo, *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*, III, Madrid, CSIC, 1949, pp. 405-419, y de José Simón Díaz, “El tema literario de *La Campana de Huesca*”, *Revista de Literatura* VII (1955) pp. 30-49. Un acercamiento más reciente pero menos original a la cuestión es el de José María Romeo Pallas, “Dos legendarios antecedentes clásicos de la campana de Huesca”, *Aragón en la Edad Media. Estudios de Economía y Sociada*, 8 (1989) pp. 557-559.

su levantisca nobleza, que se sintió autorizada a pensar que podía hacer, deshacer y abusar a su gusto dentro del reino navarro.

El *Cantar* –o lo que conocemos de él– de la *Campana de Huesca* describe cómo fue elegido rey don Ramiro, cómo trató con generosidad a sus hidalgos, a los que otorgó dones y tierras, y cómo éstos le devolvieron desdenes no disimulados, burlas crueles y hasta cuestionamientos violentos de su autoridad: “et aquesti Don Remiro fue muyt buen et muyt francho a los hidalgos, de manera que muytos de los lugares del Regno dio a nobles et cavalleros, et por esto no lo precieron res. Et facian guerras entre si mismos en el Regno et matavan et robavan las gentes del Regno”, se queja con desolación la *Crónica de San Juan de la Peña*, censurando el comportamiento intolerable de los hidalgos.

El rey, entonces, “enbió un mensagero al su monesterio de Sant Ponz de Tomeras, con letras al su maestro, clamado Forçado”. Éste condujo “el mensagero al huerto en el qual había muytas coles et sacó un ganivet que tenía, et teniendo la letra en la mano et leyendo, talló todas las coles mayores que yeran en el huerto, et fincoron las solas chicas; et díxole al mensagero: *Vete al mi señor el Rey et dile lo que has visto, que no te do otra respuesta*”.

Ramiro II supo descifrar el mensaje. Convocó a sus nobles, con la excusa de que quería que hubiese en Huesca una campana cuyos sonos se escuchasen en todo el reino. Tan peregrina pretensión –metafórico aviso, en realidad, del sonadísimo escarmiento ejemplar que estaba tramando– no dejó de despertar el desprecio de sus nobles. Llegados todos a su palacio, los fue haciendo entrar, uno a uno, en su cámara, donde iban siendo decapitados: “de guisa que XII ricos hombres et otros cavalleros escabeçó antes que comiés, et avría todos los otros cavalleros assí mesmo descabeçado, si non por qual manera que fue lo que lo sintieron, que yeran de fuera et fuyeron”.

Así fue como, al final, el rey don Ramiro, obediente a los consejos de su “maestro, clamado Forçado”, “sosegó su Regno en paz”, y como un monarca que primero fue inseguro, blando e inexperto, recorrió el itinerario que lleva a la conversión en dictador violento pero justo –para quien no vea incongruente tal combinación–. Del mismo modo que siguieron itinerarios parecidos Moisés bajo la tutela de Yavé, o Luke Skywalker bajo las indicaciones de Yoda y de Obi-Wan Kenobi.

Una cuestión muy interesante, ahora que nos hemos asomado a lo que parecen ser paralelos (los mongoles y los osetas), parciales y lejanísimos, pero reconocibles, de nuestra leyenda: en fecha tan lejana ya como 1941, María Rosa Lida de Malkiel, en un análisis muy agudo sobre algunas de las fuentes clásicas de la leyenda de *La campana de Huesca*, había afirmado, sin dar mayores precisiones al respecto, que “el asunto se ha tomado de un cuento sánscrito”<sup>6</sup>. La frágil e inconcreta indicación de la gran investigadora argentina llevó a Antonio Alvar a trazar un sintético panorama de lo que

<sup>6</sup> María Rosa Lida de Malkiel, “El romance de la misa de amor”, *Revista de Filología Hispánica*, III (1941), pp. 24-42, especialmente p. 25 y nota 1.

podieron ser las grandes líneas evolutivas –a mitad de camino siempre entre lo oral y lo escrito– de nuestra modalidad de relato: un prototipo oriental que debió llegar a conocimiento de Heródoto, quien acuñó una versión que planeó sobre el resto de los textos grecolatinos, uno de los cuales, el de Valerio Máximo –autoridad bien conocida en la Europa medieval– debió ser, con cierta probabilidad, la fuente directa del cantar épico español.<sup>7</sup>

La teoría del inconcreto, casi fantasmal prototipo sánscrito y oral o folclórico de *La campana de Huesca*, que la crítica ha dado repetidamente por supuesto –del mismo modo que los estudiosos de las versiones grecolatinas han defendido con ardor su presumible raíz oral y tradicional<sup>8</sup>–, viene a ser ahora reforzada por el relato protagonizado por Chinguis (o Gengis Khan) en la *Historia secreta de los mongoles* (siglo XIII), casi contemporáneo –en su versión escrita, por lo menos– del *Cantar español de La campana de Huesca* (siglo XII). Y, también, por las leyendas osetas del Cáucaso. Y no porque *La historia secreta de los mongoles* o las leyendas acerca de Batraz sean –que no lo son– fuentes en sánscrito, sino porque son paralelos asiáticos, orientales, de

<sup>7</sup> Dice, en efecto, Alvar, en su ya citado artículo “De Heródoto a la leyenda de la Campana de Huesca”, que “de un hipotético texto sánscrito, y a través, seguramente, de una tradición oral recogida en Asia Menor, Heródoto dio la primera versión literaria que poseemos de la leyenda; Aristóteles la modificó (trastrueca los nombres de Trasibulo y Periandro) y Dionisio de Halicarnaso la adaptó a la historia de Roma, refiriéndola al rey Tarquino y a la toma de Gabies, pero señalando la coincidencia con la historia de Trasibulo y Periandro... De Dionisio de Halicarnaso nació una rama más rica y más duradera pero, esta vez, en latín. El escritor griego es fuente nada dudosa de Tito Livio en este pasaje: la traducción del historiador latino dio nuevo vigor a la leyenda gracias a la prosperidad de la lengua y al valor de su obra historiográfica... De él la tomarían, poco después, otros dos escritores latinos”. Tales autores serían Valerio Máximo y Frontino. El primero de los cuales pudo ser el modelo inspirador directo de la epopeya española de *La campana de Huesca*: “es lícito sospechar que el historiador latino era leído con cierta asiduidad y probablemente sus dichos y hechos famosos se utilizaban, como modelos, en las escuelas. Cabe preguntarse si nos encontramos ante un puro hecho de transmisión literaria de una leyenda de una cultura a otra –con un escritor intermediario relativamente culto–, o, por el contrario, si se trata de un fenómeno folclórico dada la difusión de Valerio Máximo incluso en niveles populares poco instruidos”. En definitiva –seguimos, de nuevo, a Antonio Alvar–, “cabe presumir que a mediados del siglo XII un poeta del Alto Aragón, probablemente monje cluniacense y de mediana cultura, adaptó al reinado de Ramiro II el Monje una leyenda, difundida oralmente (con menos seguridad por escrito), procedente de Valerio Máximo, autor muy conocido en Francia incluso antes de esta fecha. Más tarde, la historia, contada de una u otra manera, daría lugar a varios romances y llegaría hasta numerosas obras de nuestra literatura de todas las épocas. Así, desde la lejana literatura sánscrita (?), se transmitió un cuento popular a través de varios de los más ilustres representantes de la historiografía clásica (Heródoto, Dionisio de Halicarnaso, Tito Livio, Valerio Máximo) para resurgir de nuevo en su forma primitivamente popular y fresca, y ser contado alrededor del fuego o cantado en las aldeas en el Aragón Medieval”.

<sup>8</sup> Véase, sobre todo, el artículo de Sara Forsdyke, “From Aristocratic to Democratic Ideology and Back Again: The Thrasybulus Anecdote in Herodotus’ *Histories* and Aristotle’s *Politics*”, *Classical Philology*, 94 (1999), pp. 361-372, que insiste fervientemente en las fuentes y paralelos arcaicos y folclóricos –aunque no estén documentados– de los relatos clásicos. Y también el de Richmond Lattimore, “The Wise Adviser in Herodotus”, *Classical Philology*, 34 (1939), pp. 24-35, que analiza los abundantísimos relatos de Heródoto protagonizados por consejeros y aconsejados, lo que remitiría, también, a algún tipo de modelo tradicional.

raíz indudablemente folclórica y de difusión posiblemente más amplia, de un tipo o esquema narrativo apreciablemente similar.

DE LA DICTADURA (II): GURGÜINT, MORVIDO Y ELIDUR EN LA HISTORIA DE LOS REYES DE BRITANIA DE GEOFFREY DE MONMOUTH

Leer la *Historia regina Britanniae* (*Historia de los reyes de Britania*), cuya redacción en latín debió ser concluida hacia 1136-1139 por el clérigo galés Geoffrey de Monmouth, es asistir a un desfile impresionante de linajes y de reyes, de grandes hechos y de complejas traiciones, de dirigentes nobles y de tiranos abyectos: es decir, a una novelada e inquieta revisión, una vez más, de los conceptos de poder y de autoridad, de justicia y de iniquidad, de bien y de mal. Y a un enfrentamiento nuevo y muy sugestivo de las nociones de (negativa) tiranía y de (positiva) dictadura.

Muy poco antes de la llegada de Julio César a las islas británicas – cuenta Monmouth reinaron –en tiempos muy próximos entre sí, aunque no sucesivos– cuatro monarcas en cuyas *vitae* respectivas parecen confluir anécdotas que, de un modo u otro, vendrían a coincidir con algunas de las que se relacionan con Ramiro II. O que supondrían justamente el reverso, opuesto y simétrico, de las que se atribuyen al rey de Navarra. Lo cual puede resultar más llamativo aún.

Los relatos en torno a los dos primeros –Gurgüint y Morvido– no muestran similitudes directas, pero sí indirectas, al menos en su raíz ideológica, con respecto a la del rey de Navarra. Las de Artgalón y Elidur parecen, en cambio, reflejos desdoblados y simétricos, mucho más claros y absolutamente sorprendentes, de la epopeya española.

Fijémonos, primero, en lo que se dice de Gurgüint, un rey, que, pese a su carácter “moderado y prudente” –párrafos un poco posteriores dirán de él que regalaba tierras con liberalidad, tal y como se contaba de Ramiro II–, reaccionaba con crueldad inusitada cuando algún vasallo se rebelaba en contra de su autoridad. Y lo hacía “tomando ejemplo del valor de su progenitor”, frase que esboza un tipo de relación maestro/alumno más que sugerente:

45. A Belino lo sucedió su hijo Gurgüint Barbtruc, hombre moderado y prudente que, imitando a su padre, amó la paz y la justicia, pero que, cuando sus vecinos se rebelaban contra él, tomando ejemplo del valor de su progenitor, no dudaba en presentarles cruel batalla y en reducirlos a la sumisión debida. Entre otras cosas aconteció durante su reinado que el rey de los Daneses, que había pagado tributo en tiempos de su padre, rehusó pagárselo a él, negándole la debida sumisión. Gurgüint no podía tolerarlo, y condujo una escuadra a Dinamarca, donde, después de afligir al pueblo danés con crudelísimos combates, mató a su rey y devolvió el país a su antiguo yugo.

Tras la muerte “en paz” del a ratos pacífico y a ratos implacable Gurgüint –quien en tantos aspectos recuerda al rey navarro– vinieron otros reyes justos y benévolos. Pero no mucho después cayó sobre los britanos la tiranía del terrible Morvido, que tenía la afición de matar con crueldad a propios y extraños, aunque tampoco dejase de ser generoso y liberal en algunas ocasiones. Su final –devorado por un dragón– será absolutamente digno de un tirano tan insaciable:

48. A su muerte, fue coronado rey Morvido, hijo de Danio y de su concubina Tangustela. Hubiera conseguido altísima fama por su bravura, si no se hubiese excedido en crueldad: no respetaba a nadie en su cólera, sino que lo mataba en el acto si tenía alguna arma a mano. Por lo demás, era hermoso de aspecto y liberal en el reparto de favores, y no había nadie de tanta fuerza en todo el reino que pudiese enfrentarse con él en singular combate [...] Cuando consigue la victoria, no concede cuartel a nadie: manda que sean conducidos a su presencia los prisioneros uno por uno, y los degüella con sus propias manos, saciando así su sed de sangre; y cuando, fatigado, interrumpe por un instante su tarea, no deja de ordenar que los que quedan sean desollados vivos y, una vez desollados, arrojados al fuego.

Las leyendas de Gurgüint –noble rey que a veces se comportaba con crueldad– y de Morvido –cruel tirano que se comportaba a veces con nobleza– constituyen una especie de aperitivo de las de Artgalón y Elidur, otra pareja mítica en cuyos solapamientos y desdoblamientos fabulísticos parecen apreciarse del modo más sugestivo motivos similares a los que adornaban la leyenda de Ramiro II: la cuestión de la liberalidad con respecto a los nobles, la rebelión de éstos, la llamada del rey para que los revoltosos, engañados, fueran pasando, de uno en uno, por la puerta de su cámara, donde les esperaba la amenaza de la espada descabezadora:

50. Tras él fue su hermano Artgalón quien tomó la corona regia, siendo en todos sus actos distinto de su predecesor. Se empeñó por doquier en arruinar a los nobles y ensalzar a los viles; arrebató a los ricos sus bienes, acumulando así infinitos tesoros.

Los barones del reino se negaron a soportarlo por más tiempo y, sublevándose contra él, lo despojaron de la realeza. Después nombraron rey a su hermano Elidur, que, a causa de la piedad que después mostraría hacia su hermano, sería llamado el Piadoso.

En efecto, al cabo de cinco años de reinado, mientras se encontraba cazando en el bosque de Calaterio, topó Elidur con su hermano, el que había sido depuesto. Artgalón había recorrido varios reinos vecinos en demanda de ayuda para recuperar la dignidad perdida, pero no la había encontrado en ningún lugar, y, como no podía soportar por más tiempo la pobreza que le había sobrevenido, optó por regresar a Britania, acompañado tan sólo de diez caballeros. Atravesaba el antedicho bosque, dirigiéndose en busca de los

que otrora habían sido sus amigos, cuando lo divisó su hermano Elidur de forma totalmente inesperada. Nada más verlo, Elidur corrió a su encuentro, lo abrazó y lo cubrió de besos, y, tras deplorar largo tiempo su miseria, lo condujo consigo a la ciudad de Alclud y lo ocultó en su propia cámara. Después fingió sentirse enfermo y envió mensajeros por todo el reino a sugerir a aquellos príncipes que eran vasallos de la corona que al rey le complacería mucho que fueran a visitarlo. Cuando llegaron todos a la ciudad en que se encontraba, les pidió que entrasen en su cámara uno por uno y sin hacer ruido, pues afirmaba que el sonido de muchas voces sería perjudicial para su cabeza, si entraban en grupo. Creyendo lo que decía, todos siguieron sus indicaciones, entrando uno por uno en el palacio. Entretanto, Elidur había dado orden a sus criados de que estuvieran listos para capturar a cada uno de los que entrasen y cortarle la cabeza, si no juraban de nuevo fidelidad a su hermano Artgalón. Así se hizo, uno por uno, con todos, y todos, por miedo a morir, se reconciliaron con Artgalón. Debidamente confirmado el pacto, Elidur llevó a Artgalón a Eboraco y, tomando la corona de su propia cabeza, la depositó sobre la cabeza de su hermano. Se le otorgó por ello el sobrenombre de Piadoso, por haber demostrado con su hermano la antedicha piedad. Reinó Artgalón diez años, ya curado de su anterior iniquidad, de tal modo que ahora abatió a los viles y ensalzó a los generosos, dejando a cada uno lo suyo y ejerciendo la más alta justicia. Finalmente, languideció y murió, siendo enterrado en la ciudad de Kaerleir.<sup>9</sup>

Las similitudes que se aprecian entre las figuras y las acciones de Elidur el Piadoso y de Ramiro el Monje no pueden ser más llamativas. Aunque se acojan, muchas veces, a una especie de curiosísima polaridad inversa, que se ve más acentuada en el impresionante final: el rey britano, después de amenazar con el ejemplar escarmiento de la espada que planea sobre las cabezas de los nobles revoltosos que han franqueado, uno por uno, la puerta de su cámara, se esfuma por completo de la escena y se retira para ceder la corona a su hermano –a la muerte de Artgalón le sucederá Elidur en el trono: luego será depuesto y después restaurado una vez más–. Pues bien, de un retiro no definitivo procedía también –recuérdese– Ramiro II, quien fue sacado de un monasterio para convertirse en rey, antes de que siguiese un itinerario justamente opuesto al del britano, ya que, mediante la misma estratagema de la decapitación –aunque cumplida, no simulada–, logró consolidar su poder total frente a sus nobles. Extraordinariamente interesante es, por añadidura, la execración que hace el narrador opuesta justamente a la del muy *democrático* narrador de *La campana de Huesca*– del modo en que Artgalón, hermano y predecesor de Elidur, pisotea los derechos de los nobles en favor de la plebe. ¡Hasta dos narradores con actitudes políticas y sociales absolutamente encontradas encontramos en cada una de estas dos tipologías de textos!

---

<sup>9</sup> Todos estos textos han sido citados de Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*, ed. L. A. de Cuenca, Madrid, Alianza, 2004, pp. 79-83.

No contamos, ahora, con el tiempo ni con el espacio precisos para evaluar en detalle el hecho asombroso de que puedan existir parejas de relatos de este tipo, que parecen calcados uno del otro y enfrentados en órdenes casi exactamente inversos, y en áreas geográficas tan diferentes. Claude Lévi-Strauss necesitó elaborar varios densísimos volúmenes de abstractas teorías sobre lógicas binarias para intentar explicar fenómenos similares que fueron registrados en las mitologías de los pueblos amerindios. Será, pues, obligado, volver algún día sobre las asombrosas analogías que se aprecian en la estructura de estos relatos, y sobre su posible explicación.

### DE LA DICTADURA (III): FRAY BERRUGUETE Y EL CRISTO RIGUROSO DE ZAMORA

Al ovido de las fuentes y paralelos del tópico del político que ha de enfrentarse a súbditos rebeldes, que (a veces) pide consejo sobre cómo actuar a alguien más sabio o más experto que él, y que, finalmente, castiga (decapitándolos a veces con la espada) a aquellos de sus súbditos de mayor estatura (corporal o política) no le faltan más hilos ni enredos.

Para seguir comprobándolo, vamos a detenernos en otra interesantísima leyenda, nunca hasta ahora puesta en relación con el complejo de narraciones que nos ocupa, pero que está, sin duda, relacionada con ella.

En Zamora, concretamente en el convento de Santo Domingo, que hoy ya no existe, queda memoria de que había “dos famosos crucifijos; el llamado Benigno, que presidía el altar Mayor, y el Riguroso, que se encontraba en el Capítulo de Culpas”. Ninguno de los dos se salvó de la destrucción que afectó hace ya siglos al convento.

El primero era famoso porque, en cierta ocasión, avisó a voces a los monjes (y les salvó la vida de ese modo) de un derrumbamiento que estaba a punto de producirse.

En lo que se refiere al Riguroso, el nombre le fue impuesto a raíz de la llegada de fray Berruguete, natural de Paredes de Nava, provincia de Palencia, cuando le fue ordenada la reforma del convento, para acabar con los enfrentamientos entre los distintos frailes del mismo.

Se hallaban los monjes reunidos en el Capítulo y el comisionado, al no saber cómo realizar lo que le había sido encomendado, se postró lloroso ante el citado crucifijo implorando ayuda. Quería conocer cómo iniciar ese nuevo camino que se le había sugerido, pero no sabía de qué manera empezar.

En medio de un gran silencio y ante el asombro y espanto de los presentes, el Señor habló desde la cruz y dijo:

– *iReges eos in virga ferrea!*

Es decir:

– Los regirás con vara de hierro.

Desde ese día, los monjes obedecieron a sus superiores, sabiéndoles apoyados directamente por la divinidad.<sup>10</sup>

Nos enfrentamos, una vez más, a un tipo de relato que se articula sobre motivos muy familiares ya para nosotros: un dirigente que ha de imponer su autoridad política sobre sus levantiscos súbditos, y que no da muestras –al menos en un principio– de tener la fortaleza de carácter adecuada, pues la leyenda le presenta lloroso, pusilánime, inseguro. Ello le lleva a pedir consejo a un ser sabio, carismático, superior –el mismísimo Cristo, en este caso–, quien mediante cierta expresión enigmática y circunloquial, le indica la “vara de hierro”, que tanto recuerda a la espada de tantas otras versiones de la leyenda. Y, con ello, la vía de la violencia como modo más eficaz para imponer el orden.

Falta el motivo, tan esencial en otras ramas textuales, de la decapitación de los súbditos más significados por su rebeldía. Pero hay que convenir en que, en boca de un Cristo y en el interior de un convento castellano, tal consejo y tal castigo hubieran resultado muy inconvenientes.

Un detalle sobre el que conviene llamar la atención: el Cristo llamado El Riguroso del convento zamorano de Santo Domingo tenía, como hemos dejado apuntado, una especie de hermano gemelo, simétrico, que era el Cristo llamado El Benigno, al que la tradición atribuía un carácter y unas acciones de muy distinto signo. Este originalísimo desarrollo binario de la leyenda, con el sugerente reparto de papeles entre dos Cristos de caracteres opuestos, nos coloca frente a otro texto estructuralmente distinto del común de las versiones del relato, y ante una narración sobre la que es preciso hacer un atento esfuerzo de análisis para que pueda ser enmarcada e interpretada dentro del complejo de relatos en que, de manera indudable, le corresponde estar.

Con ese ojo atento y con esa vigilante amplitud de criterio es como hay que intentar adentrarse entre el follaje de motivos discrepantes, de desarrollos excéntricos, de adherencias postizas, que adornan todos y cada una de nuestros relatos, por más que –en las muestras que estamos manejando, al menos– no llegue a quedar ni desdibujado ni difuminado del todo el intenso aire de familia que los une.

#### DE LA DICTADURA (IV): MOISÉS, YAVÉ Y EL CASTIGO DEL PUEBLO REBELDE

La leyenda zamorana del Cristo al que la tradición llamaba El Riguroso nos proporciona un significativo punto de engarce entre las ramas de versiones de nuestra leyenda que ya hemos ido conociendo y otra tipología,

---

<sup>10</sup> Concha Ventura Crespo y Florián Ferrero Ferrero, *Leyendas zamoranas*, Zamora, Semuret, 2001, pp. 203-205.

hermana lejana, a buen seguro, de las grecolatinas y de las asiáticas, que posiblemente ha planeado siempre, como modelo inspirador no único pero sí cercano, sobre las occidentales: la de los relatos bíblicos acerca de Moisés, de los continuos y agotadores levantamientos contra él de su pueblo, y de los consejos que recibió de Yavé para sofocar las revueltas internas mediante el uso ejemplar de la violencia.

Desde que el jovencísimo e inexperto Moisés recibe la misión de conducir a su pueblo a la Tierra Prometida, el relato bíblico le muestra en pugna continua, y muchas veces violentísima, contra su propio pueblo, que parece que no estaba dispuesto a desaprovechar la más mínima oportunidad para oponerse a él y para contradecir los designios de Yavé que Moisés transmitía.

Resulta impresionante -si se compara al menos con algunos de los relatos que ya hemos conocido, y también con alguno de los que nos quedan por conocer- recordar los tintes de modestia, de inseguridad, de pusilanimidad, con que define la Biblia el carácter del Moisés adolescente. La *misión* inicial del jovencísimo héroe es absolutamente reveladora: en un tímido intento de poner orden entre las gentes de su pueblo, recibe el futuro dictador la primera mala contestación de los suyos, y experimenta el primer temor:

Por aquellos días, siendo ya mayor Moisés, se llegó hasta sus hermanos. Vio sus duros trabajos y observó cómo un egipcio maltrataba a uno de sus hermanos, un hebreo. Como mirase a uno y otro lado y no viese a nadie, mató al egipcio y lo enterró entre la arena. Salió también al día siguiente. Vio a dos hebreos riñendo, y dijo al agresor: “¿Por qué golpeas a tu prójimo?”. Él respondió: “¿Quién te ha constituido príncipe y juez sobre nosotros? ¿Piensas matarme como mataste al egipcio?”. Moisés temió y dijo: “La cosa se sabe” (*Éxodo 2,11-14*).

Poco después, cuando se le aparece Yavé en la zarza ardiente para encomendarle la redención de su pueblo, vuelve Moisés a mostrarse absolutamente inseguro de sus fuerzas y de su destino: “Moisés dijo a Yavé: “¿Quién soy yo para ir al Faraón y sacar de Egipto a los hijos de Israel?” (*Éxodo 3,11*). El ser supremo se ve obligado entonces a instruir a Moisés en el manejo de un arma prodigiosa que le servirá tanto para dominar a su pueblo como para vencer a sus enemigos:

Moisés respondió: “No me creerán, ni escucharán mi voz; antes bien dirán: “No se te ha aparecido Yavé”. Yavé le dijo: “¿Qué tienes en tu mano?”. Él respondió: “Un cayado”. “Tíralo a tierra”, le dijo Yavé. Él lo tiró y se convirtió en serpiente. A su vista Moisés huyó. Mas Yavé dijo a Moisés: “Tiende tu mano y tómala por la cola”. Él extendió su mano, la tomó y volvió a ser cayado en su mano. “Para que crean que se te ha aparecido Yavé, Dios de tus padres, Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. (*Éxodo 4:1-5*).

El arma que Yavé otorga al temeroso Moisés tiene algo de cayado, pero también de serpiente, y de espada prodigiosa, de cetro, y de varita mágica, según puede deducirse de los usos que muchos episodios de la leyenda mosaica ilustran.

¿Cómo no recordar, en este punto, la mortífera espada mágica que entrega su madre al héroe narto Batraz, o la espada decapitadora que algunos tiranos sugieren a otros en tantos relatos, o la “vara de hierro” que Cristo muestra al clérigo de la leyenda zamorana para que imponga orden, o las espadas-láser en cuyo uso entrenan los maestros Jedís a sus discípulos de *Star Wars*, o la varita mágica con la que es entrenado Harry Potter en el colegio Hogwarts?

Contar con un arma tan prodigiosa no termina, en cualquier caso, de despejar las dudas sobre su propia valía del tímido Moisés, quien vuelve a hacer alegaciones de interés crucial para nosotros:

Moisés dijo a Yavé: “Pero, Señor, yo no soy hombre de palabra fácil, ni en el pasado, ni desde que tú has hablado a tu siervo; más bien soy tardo en el hablar y torpe de lengua”. Y Yavé le dijo: “¿Quién ha dado al hombre la boca y quién hace al sordo y al mudo, al que ve y al ciego? ¿No soy acaso yo, Yavé? Ahora, pues, ve, yo estaré en tu boca y te enseñaré lo que has de decir”. Y él dijo: “Ay, Señor; envía al que has de enviar”. Yavé se encendió en cólera contra Moisés y dijo: “¿No está Aarón, el levita, tu hermano? Sé que él es de lengua fácil. Mira, va a salir a tu encuentro y al verte se alegrará en su corazón. Tú le hablarás a él y pondrás las palabras en su boca; yo estaré en tu boca y en la suya sugiriéndoos lo que habéis de hacer. Él hablará por ti al pueblo y te servirá de boca, y tú serás para él en lugar de Dios. Toma, pues, en tu mano ese cayado con el cual realizarás las señales (*Éxodo 4:10-17*).

Moisés temía que la torpeza de su lengua, la blandura de su carácter, el peso de su inexperiencia, provocasen el escarnio, el escepticismo, la indocilidad de su pueblo. Las similitudes con, por ejemplo, la leyenda de Ramiro II el Monje –sacado de un monasterio para ejercer de rey, ingenuo, blando y benévolo hasta que, aconsejado por su sabio mentor, dispone el asesinato de sus súbditos rebeldes– son más que obvias. Igual que lo son las coincidencias con la historia del bondadoso Gurgüint de la *Historia de los reyes de Britania* o del ingenuo Anakin Skywalker niño y adolescente de *Star Wars*, al que cuesta no pocos temores y sobresaltos ir descubriendo la magnitud de sus poderes mágicos. Y las que se aprecian en relación, por supuesto, con el tímido, retraído y pusilánime Harry Potter, al que repugna el uso de cualquier violencia aun cuando se vea obligado a usarla –¡y cómo!– en sus mortales enfrentamientos con Lord Voldemort.

La torpeza de lengua y de carácter de Moisés (que habría de ser contrarrestada mediante el auxilio de su hermano Aarón y del cayado mágico) debía ser un acicate –aunque no una causa única ni esencial– de las constantes muestras de incredulidad y rebeldía de su pueblo. Desobedientes empezaron ya a mostrarse los judíos en Egipto: “En estos términos habló

Moisés a los hijos de Israel; pero ellos no lo escucharon por pobreza de ánimo, y a causa de la dura servidumbre” (*Éxodo* 6,9). Desobedientes siguieron manifestándose en el desierto. Por ejemplo, cuando muchos judíos contravinieron la norma de descansar los sábados, aun a costa de excitar la cólera de Yavé (*Éxodo* 16). O cuando surgieron murmuraciones contra Moisés por obligar a su pueblo a pasar sed, hasta que Yavé le ordenó que golpease con el prodigioso cayado la roca de Horeb, de la que manó agua (*Éxodo* 17). O cuando adoraron el becerro de oro, con la complicidad del mismísimo Aarón, lo que causó tan grande cólera divina que obligó a Moisés a suplicar que no hubiese un exterminio total de su pueblo; si bien, más tarde, el propio

Moisés, viendo que el pueblo andaba sin freno, porque Aarón se lo había quitado, hasta hacerle ludibrio de sus enemigos, se plantó en la puerta del campamento y dijo: “Quien esté por Yavé, venga a mí”. Y se reunieron en torno a él todos los hijos de Levi. Les dijo: “Cíñase cada uno la propia espada al muslo. Corred y recorred el campamento de una punta a otra y mate cada uno a su hermano, a su amigo, a su pariente”. Cumplieron los levitas la orden de Moisés, y perecieron aquel día unos tres mil hombres. “Hoy os habéis consagrado a Yavé, haciéndole oblación del hijo y del hermano; por ello él os da hoy bendición” (*Éxodo* 32,25-29).

Entre el primer Moisés, blando, tímido e inexperto, y el encallecido e implacable dictador del desierto, no cabe duda de que media una distancia considerable. Aunque más riguroso aún solía ser Yavé, a quien su caudillo se vio obligado a pedir muchas veces que atenuase el rigor del castigo sobre su pueblo. Extraordinariamente interesante, una vez más, es el siguiente episodio, en que la serpiente –trasunto, como hemos visto, del cayado mágico, de la espada vengadora, de la vara de la justicia– vuelve a constituirse en instrumento de castigo poderoso y carismático, como tantos de los que ya hemos conocido:

Partieron de Or de la Montaña camino del mar Rojo, para dar la vuelta a la tierra de Edom. En el camino empezó a impacientarse el pueblo, que murmuraba contra Yavé y Moisés, diciendo: “¿Por qué nos habéis hecho subir de Egipto a este desierto a morir? No hay pan ni agua y estamos ya hartos de este ligerísimo alimento”.

Yavé envió entonces contra el pueblo serpientes de fuego, que los mordían y hacían perecer mucha gente en Israel. El pueblo vino a Moisés diciendo: “Hemos pecado murmurando contra Yavé y contra ti. Pide a Yavé que aleje de nosotros las serpientes”. Moisés intercedió por el pueblo. Yavé dijo a Moisés: “Hazte una serpiente de bronce, ponla sobre un asta, y cuantos mordidos la miren, sanarán”. Moisés hizo, pues, una serpiente de bronce y la puso sobre un asta; cuando alguno era mordido por una serpiente, miraba a la serpiente de bronce y era curado (*Números* 21,4-9).

Después de la enésima rebelión del pueblo, y de una nueva petición de clemencia de Moisés,

Yavé dijo: “Los voy a perdonar como tú dices, mas, ¡por mi vida y por mi gloria, que llena toda la tierra!, que todos cuantos han visto mi gloria y los prodigios que yo he obrado en Egipto y en el desierto, cuantos me han sometido ya a prueba por diez veces sin escuchar mi voz, no verán la tierra que yo prometí con juramento a sus padres. Ninguno de los que me desprecian la verá. Mas a mi siervo Caleb, que está animado de muy otro espíritu y me ha obedecido fielmente, lo introduciré en la tierra en la que ha estado, y su descendencia la poseerá (*Números 14,20-24*).

Así será: el supremo Yavé dispone la muerte, antes de que lleguen a ver la Tierra Prometida, de todos los judíos sediciosos, y la salvación sólo de los que no habían caído en la rebeldía. Separa, así, los buenos de los malos, y hace un ejercicio de justicia implacable pero –presuntamente– necesario para preservar el orden y para garantizar la viabilidad de la comunidad futura.

La dictadura violenta de Moisés respaldada por Yavé se mantiene, en cualquier caso, lejos de la tiranía que extiende el castigo a los inocentes que no lo merecen, que sacrifica inútil e indebidamente al propio pueblo, y que no cuenta con la aprobación de Dios. La dictadura vendría a equivaler a la acción de podar las ramas de un árbol para que lo que queda crezca más saludable y fuerte; y la tiranía, a cortar el árbol de raíz, de forma que no pueda volver a crecer. La dictadura quedaría entendida, de este modo, como garantía de orden, es decir, de salud y futuro del cuerpo social; y la tiranía, como vía hacia la desunión, la descomposición, el suicidio de toda la comunidad.

#### DE LA DICTADURA (V): ODÍN CONTRA EL REBELDE MITODÍN, EN LA HISTORIA DANESA DE SAXO GRAMÁTICO

Haremos, ahora, otro breve excursus para atender a un texto, sacado de la monumental *Gesta Danorum* o *Historia Danica* que en torno a 1200 puso por escrito Saxo Gramático, y que parece indudablemente modelado sobre la –sin duda bien conocida– historia bíblica de Moisés. Si la traemos a colación –aunque no integre los motivos del maestro ni del arma mágica– es porque, una vez más, ensalza la figura del buen dictador, encarnada en el dios Odín, que es traicionado, en su ausencia, por sediciosos encabezados por un mago indigno, Mitodín, que extravía con sus herejías a su pueblo. Mitodín es –por este orden poco convencional– muerto y después decapitado. Y Odín, al hacerse efectiva su restauración, elimina y destierra a los rebeldes y logra que el orden vuelva a brillar bajo “el aplastante fulgor” de la dictadura:

Tras su partida, cierto Mitodín, célebre por sus encantamientos, aprovechó, fortalecido como por la ayuda de algún dios, la ocasión de presentarse él

mismo como divinidad, y obligó con la fuerza de sus prodigios a aquellas mentes bárbaras y rodeadas por las nuevas tinieblas de sus engaños a celebrar ceremonias en su honor. Se negaba éste a aplacar la ira de los dioses y las ofensas a las divinidades con sacrificios desordenados y confusos, y les prohibía además dirigir sus votos en común, estableciendo ofrendas a los dioses según el criterio de cada uno. Pero perdida toda la fuerza de sus encantamientos al regresar Odín, al dirigirse a Feonia en busca de escondite, fue muerto por un grupo de naturales del lugar. Pero siguieron produciéndose las fechorías del difunto; pues en verdad que a todos los que se acercaban a su tumba los aniquilaba con repentino género de muerte, y tantas calamidades causó además de éstas que parecía dar más terribles testimonios de su fallecimiento que de su vida, como si quisiera castigar a los culpables de su asesinato. Los lugareños, aterrorizados por este malvado, arrancan al cuerpo sacado de la tumba la cabeza y atraviesan su pecho con una estaca. Esto procuró remedio a los males de las gentes.

Después de esto, Odín, recuperada con la muerte de su esposa la reputación de su antigua celebridad, y expiada la infamia hecha a su divinidad, obligó, al regresar del exilio, a todos los que durante su ausencia habían desempeñado títulos de honores divinos a desprenderse de ellos y disipó con el aplastante fulgor de su numen las conjuraciones de los magos que se fraguaron como si se tratase de simples tinieblas. Y no sólo los forzó con su autoridad a deponer los atributos divinos, sino también a abandonar la patria, pensando con razón que debía expulsar de sus tierras a quienes tan vilmente se entrometían en los asuntos de los cielos.<sup>11</sup>

Extraña pero inapelable pareja mítica, la de Moisés y Odín, moldeado el segundo –en una época en que el cristianismo y su herencia judía tenían ya arraigo en el norte de Europa– en la horma del primero. Al menos en lo que se refiere a este episodio concreto de las vidas de ambos.

#### DE NUEVO LA TIRANÍA: LADY VAN TASSEL Y EL JINETE SIN CABEZA DE *SLEEPY HOLLOW* (DE WASHINGTON IRVING)

Se impone abrir aquí otro breve paréntesis para volver a los dominios de los tiranos y para traer a colación a uno capaz de aterrorizar a todo un pueblo con sus excepcionales habilidades decapitadoras: el jinete sin cabeza que protagoniza *The Legend of Sleepy Hollow* (1820), el célebre cuento de terror del escritor norteamericano Washington Irving que fue llevado al cine por Tim Burton, en la extraordinaria película *Sleepy Hollow*, de 1999.

Muy en síntesis, el cuento de Irving y la película de Burton (que no ha sido la única, por cierto, que se ha inspirado en el cuento romántico) evocan las tenebrosas andanzas *post-mortem* de uno de los antiguos mercenarios alemanes que lucharon y perdieron junto a los ingleses la Guerra de la Independencia

---

<sup>11</sup> Saxo Gramático, *Historia Danesa (Libros I-IV)*, trad. S. Ibáñez Lluch, Valencia, Tilde, 1999, pp. 66-67.

estadounidense. El sanguinario guerrero es muerto, decapitado y enterrado en un bosque cercano a la aldea de Sleepy Hollow, pero una niña que es testigo de su muerte se apodera de su cabeza y la utiliza, convertida ya en la adulta Lady Van Tassel, para controlar los pasos y ordenar los crímenes del espectral e invencible guerrero, que diezman al pueblo y a la propia familia de la mujer, y que no respetan ni a hombres desarmados, ni a mujeres embarazadas, ni a niños inocentes.

Los móviles de la aterradora serie de crímenes que comete Lady Van Tassel en persona, o de los que encarga a su infernal autómatas, son los que suelen guiar a los tiranos de cualquier especie: en primer lugar, el placer de matar por matar (la homicida llega a decapitar, ella misma, a su propia hermana); en segundo lugar, el placer de oprimir, espantar y humillar a las propias gentes con las que se vive, a los propios súbditos (la asesina decapita también, con su propia mano, a una de sus criadas); y, en tercer lugar, la ambición de heredar los bienes de las víctimas de su terror.

Antes de que el pintoresco *detective* Icabot Crane, llegado desde Nueva York, resuelva el misterio, arrebatase a la malvada hechicera la cabeza del muerto y se la devuelva a éste –lo que permitirá al fantasma descansar para siempre, y al pueblo librarse de su agobiante amenaza–, se suceden los detalles –por lo general escabrosos– que acercan los crímenes de Lady Van Tassel y de su servicial jinete descabezado a los de otros tiranos cuyas malandanzas estamos siguiendo: la espada prodigiosa, carismática, del guerrero infernal, no es ninguna rareza en nuestra serie de historias –ahí están, sin ir más lejos, las de Batraz y Anakin–; las noches en que las víctimas son varias, el fantasmal guerrero se ve obligado a portar en bolsas las cabezas de sus víctimas, igual que hacía el terrible Batraz en los relatos osetas; las escenas en que ni los niños se libran de su insaciable espada recuerdan, por su poderoso dramatismo, aquellas en que el enloquecido Anakin Skywalker extermina con un arma similar a un grupo de niños.

Tampoco faltan, en *Sleepy Hollow*, escenas en que aves o murciélagos son ritualmente decapitados (¡siempre presentes las decapitaciones!), en una especie de premonición de los crímenes que están por venir.

La fantasmal tiranía de Sleepy Hollow cumple, pues, todos los requisitos para figurar al lado de las demás tiranías que nos están ocupando.

#### EL TIRANO ANAKIN SKYWALKER FRENTE AL DICTADOR LUKE SKYWALKER

Si algo define el conjunto de las seis películas de la celeberrima saga *Star Wars* (*La guerra de las galaxias*), escrita, producida y dirigida por George Lucas entre 1977 y 2005, es que es una reflexión, muy densa, ambiciosa y a veces enrevesada, acerca de las cuestiones que estamos tratando: la dictadura, la tiranía, los límites éticos y prácticos de la violencia ejercida desde el poder y

desde fuera de él, y la relación entre maestros y aprendices, entre consejeros y aconsejados. El resto de su gigantesca tramoya argumental y visual, todo su costoso aparato de efectos especiales y de excursos novelescos, el dibujo exótico de sus millares de personajes y el fondo fantástico de sus abrumadores escenarios, son piezas accesorias, periféricas, acopladas desde fuera a ese eje central de su filosofía.

Analizar las seis películas de la serie es un empeño que habrá de dejarse para trabajos futuros. Nos interesa ahora referirnos, y con imperioso afán de síntesis, a algunos de sus episodios más significativos, concretamente a los que afectan a dos de sus personajes principales, la reina Padme Amidala y el maestro Jedi Yoda, que han de enfrentarse a un conflicto ético para ellos terrible: el uso de la violencia como único recurso para salvar el bien común. La reina, ingenua, indecisa, idealista, mantendrá siempre sus convicciones pacifistas, y será por ello despojada de su reino, perseguida, desterrada y al final muerta en su intento de mantener los ideales del amor, de la paz, de la reconciliación, frente a los embates del mal. El maestro Yoda no tendrá más remedio que evolucionar, en cambio, desde un pacifismo tan visceral como ingenuo, hacia la convicción de que el uso de la violencia –de la más extrema violencia, por cierto– puede ser el único recurso eficaz para oponerse al mal y para garantizar el triunfo del bien.

Todo se precipita cuando la República, una especie de confederación de sistemas planetarios que había vivido durante largo tiempo en paz y armonía, se enfrenta a la amenaza de una guerra terrible, provocada por las asechanzas de Darth Sidious, un maestro Sith que pertenece al lado oscuro de la Fuerza y que maneja hilos que asedian el orden en varios frentes. La reina del planeta Naboo, Padme Amidala, se muestra como una defensora idealista de la paz y de la concordia, empeñada en no recurrir a la violencia ni siquiera cuando empiezan a aparecer signos cada vez más inequívocos de que su reino, y toda la República, están en peligro de sucumbir a los ataques de los conspiradores. Su indecisión con respecto al uso preventivo de la violencia se revelará fatal: su reino es invadido, sus tropas masacradas, y ella ha de huir, perseguida por las fuerzas separatistas, para convertirse en Senadora de la República.

Desde esa posición será testigo de la guerra que en seguida estalla, en toda su violencia, entre la República Galáctica y la Confederación de Sistemas Independientes. Su amor y su matrimonio, secretos, con el joven Jedi Anakin Skywalker (los Jedis tenían prohibido mantener relaciones amorosas con nadie) serán la causa, no deseada por parte de ella, de que Anakin acabe asociándose al lado oscuro de la Fuerza, con el que intenta pactar la unión con su esposa. Pero ella mantendrá siempre sus ingenuos ideales pacifistas, seguirá a su marido con la intención de volver a atraerle hacia el lado positivo de la Fuerza, y, al final, se dejará inmolar, indefensa y embarazada, a manos del iracundo y enajenado Anakin.

En paralelo, Yoda es un enano de novecientos años, sabio maestro, instructor y jefe durante mucho tiempo del Consejo Jedi. Muestra también una idealista confianza en la paz y en el diálogo, pero poco a poco va dándose cuenta de que la amenaza de los malvados Sith no se hallaba extinguida desde hacía un milenio, como se pensaba. Una serie de ataques a traición va diezmando a los habitantes de la República, y matando después a todos los Jedis, excepto al propio Yoda y a su discípulo Obi-Wan Kenobi. En determinado momento, Yoda autoriza el uso de un ejército de clones en defensa de la misma República a la que después ese ejército traicionará. Pese a la dramática sucesión de reveses, Yoda y Obi-Wan empeñan todas sus fuerzas en el épico enfrentamiento contra el malvado emperador Palpatine (máscara de Darth Sidious) y contra su aprendiz, el antiguo discípulo de ambos, Anakin Skywalker, que acaba metamorfoseándose en el traidor Darth Vader. En medio de luchas y de exilios, de huidas y retornos sin cuento, los dos Jedis buenos instruyen a Luke Skywalker –el hijo de Padme Amidala y del traidor Anakin–, el Elegido que, al final, logrará vencer las tentaciones del lado oscuro de la Fuerza, imponerse sobre las malignas tropas del Imperio, y vencer a su propio padre, Anakin-Darth Vader (al que la derrota redime y permite regresar al lado positivo de la Fuerza). También Yoda y Obi-Wan se funden con la Fuerza, pero antes y después de ese tránsito no dejan de aconsejar a Luke Skywalker sobre el modo de imponer el bien, aun a costa del ejercicio de la violencia más extrema contra las fuerzas del mal.

Luke Skywalker se nos revela, al cabo de tantas batallas, como el dictador positivo, protector, benéfico, que acaba con el Imperio del Mal y trae una nueva era paz y prosperidad –vigiladas por él, obviamente– al universo. Como el guerrero invencible al que sus viejos mentores instruyen en el uso de la espada, en la decapitación, el destripamiento, el descuartizamiento en serie de toda especie de enemigos, de dentro y de fuera, propios y ajenos. Como, en definitiva, la fuerza opuesta a su padre, Anakin-Vader, cuya soberbia le llevó a querer ser tirano para imponer una violencia opresiva, maléfica, traidora, sin importarle que recayese sobre sus compañeros, sobre sus maestros o sobre sus seres más queridos, incluida la mujer a la que amaba y sus propios hijos.

La inmensa popularidad y la extraordinaria influencia de la serie *Star Wars* en la cultura contemporánea demuestran que, muchos siglos después de Heródoto, de Genghis Khan y de Ramiro II, sigue tan viva y tan palpitante como siempre la discusión en torno al poder, al uso legítimo o ilegítimo de la violencia, a la conveniencia o no de que el pacifismo deba evolucionar hacia el militarismo, a las fidelidades padres/hijos y maestros/alumnos, al aprendizaje del uso de armas carismáticas... Recordemos que una significativa escena del entrenamiento del joven Luke Skywalker, vigilado de lejos por sus mentores Jedis, le muestra decapitando, en sueños, a un simulacro de máscara del traidor Darth Vader.

Una vez más, vino viejo en odres nuevos, o mimbres como los de siempre anudados en un lazo diferente.

#### ¿ACABARÁ HARRY POTTER CONVERTIDO EN DICTADOR?

A la serie de siete novelas que está previsto que recojan las aventuras de Harry Potter, el celeberrimo héroe infantil creado por Joanne Kathleen Rowling, le falta aún la determinante pieza conclusiva. No sabemos, aunque circulan todo tipo de rumores al respecto, qué destino le está reservado al joven héroe, aunque es de suponer que, en el episodio final, habrán de darse cita muchos de los tópicos que hemos ido localizando y desentrañando en la familia de relatos que hasta aquí nos ha tenido ocupados: el antaño tímido, inseguro, pusilánime Potter será capaz, en el momento culminante de su aprendizaje iniciático junto al sabio y experto mago Albus Dumbledore, de emplear del modo más eficaz la violencia “blanca” para aniquilar para siempre la violencia “negra” del implacable Lord Voldemort y de sus oscuros acólitos. En realidad, y si restamos a la frase anterior la apostilla de “para siempre”, eso era lo que había venido sucediendo en todos y cada uno de los seis libros ya publicados de la serie. Y lo que habíamos visto que pasaba –con personajes y en circunstancias parecidos– en el conjunto de relatos que hemos conocido hasta ahora.

El análisis comparativo de otros motivos clave de la serie, como el carácter de “doble” de Lord Voldemort (avatar enmascarado de Tom Riddle, antiguo alumno destacado del colegio Hogwarts y amigo íntimo de los padres de Harry que acabó pasándose a las fuerzas del mal), aunque resultaría, sin duda, muy fructífero, si se hiciese a la luz de otros relatos y personajes –desde Batraz hasta Anakin que nos han ido saliendo al paso, nos distraería del eje que debe orientar en estos momentos nuestra indagación: Harry Potter es un legitimador más del uso de la violencia como método indispensable para imponer el orden, la justicia y el bien. Es un guerrero programado y entrenado en las más avanzadas y extremas técnicas de lucha contra el enemigo, y está provisto de un arma inapelable: su potentísima varita mágica. Dicho en crudo: Harry Potter es una máquina de matar a los rivales que le reserva el destino.

¿Le convertirá eso, a la postre, en dictador? ¿El mantenimiento del orden, una vez impuesto, reclamará el uso permanente de la violencia y el mantenimiento de la vigilancia militar y de la tutela político-policia del héroe, como sucedió en el caso del Luke Skywalker de *Star Wars*?

Circulan muchas opiniones y rumores que apuntan a que, en el séptimo episodio de la serie, Harry Potter encontrará la muerte al mismo tiempo que su encarnizado enemigo Voldemort. Eso le excusaría del incómodo destino del dictador, y libraría a millones de niños de todo el mundo de tener como modelo a un profesional del inquietante gremio de la policía

política. Las credenciales de la autora –que fue maestra y pedagoga, y que siempre ha mostrado gran preocupación por la influencia y repercusión de sus personajes en la mentalidad de sus lectores infantiles y juveniles– alienta, seguramente, las expectativas de que se llegue a un final que culmine con el sacrificio –al modo del de Cristo– de Potter, y de que no tengamos que contemplar a Harry Potter envejeciendo con la varita mágica en la mano y haciendo rondas de vigilancia por el perímetro de Hogwarts o de cualquier otro lugar.

Si Harry Potter lograra escapar del oficio de dictador vitalicio, su destino sería muy distinto, sin duda, del de Moisés o del de Luke Skywalker, productos y reflejos, en cierta medida, de sociedades –la judía bíblica, la norteamericana del siglo XX fuertemente militarizadas, impregnadas de mitos redentoristas y mesianistas que insisten en proponer como modelos a héroes instalados de forma permanente en el oficio de garantes de la paz y el orden, mediante el recurso a la violencia cuando el mismo poder lo juzgue necesario.

#### PLANTAS SEGADAS EN EUROPA, RUEDAS DE CARRO EN MONGOLIA: LA LITERATURA COMO CULTURA, Y LA CULTURA COMO ADAPTACIÓN

Pese a todos los detalles discrepantes, a los incontables añadidos novelescos, a los exuberantes excursos épicos, dramáticos y hasta cómicos –muchos e importantes– que pueden apreciarse en los textos que hemos ido analizando, es obvio que las historias de tiranos malvados (Gengis Khan, Batraz, Periandro, Trasibulo, Tarquino, Morvido, Lady Van Tassel y su jinete descabezado, Anakin Skywalker) y las historias de dictadores benéficos (Ramiro II, Gurgüint, Elidur, fray Berruguete, Moisés, Odín, Luke Skywalker, ¿Harry Potter?) que condenan a la decapitación (o a otras modalidades violentas de muerte), con afán de ejemplaridad, a quienes son o a quienes consideran enemigos del orden comunitario, tienen algunos de sus motivos claves en común, y que muchas de las diferencias que se aprecian entre ellos obedecen a las necesidades de adaptación a contextos históricos, geográficos, culturales, estéticos diferentes.

Fijémonos en un caso especialmente revelador de esas necesidades de adaptación que generan motivos narrativos diferentes: las cabezas que caen en los relatos clásicos (Heródoto, etc.) o en el medieval de *La campana de Huesca* son las de aquellos oponentes cuya estatura puede equipararse a la de las plantas de talla más sobresaliente. Por el contrario, las cabezas que caen en la versión, también medieval, de *La historia secreta de los mongoles*, son las de aquellos cuya estatura supera la altura de la pezonera de un carro. Puede, sin duda, ayudar a interpretar esta discrepancia la constatación de que nos enfrentamos a relatos emanados –los primeros– de pueblos sedentarios, agricultores, cultivadores de plantas, y –el otro de un pueblo de nómadas

recolectores cuyas vidas eran llevadas de aquí para allá en carros cuyas ruedas “estaban diseñadas para transitar por la nieve, el barro y la maleza y eran de considerables dimensiones”.<sup>12</sup>

Fórmulas, en definitiva, distintas de expresar casi lo mismo (*lo universal*), pero con palabras que se centran en *lo local*, flexiblemente adaptadas a cada tiempo, a cada lugar, a cada contexto sociocultural.

Y de transmitir, a través de ficciones que igual pueden resumirse en líneas muy escasas que desbordarse en extensas sagas cinematográficas, ideas, conceptos, metáforas de indudable densidad filosófica, que atañen a cuestiones (el ejercicio ético o no ético del poder, el uso constructivo o destructivo de la violencia, los procesos de aprendizaje como expresión, también, de conflictos de poder) que han preocupado a los seres humanos desde la antigüedad más remota hasta hoy, y que –si miramos bien a nuestro alrededor–, siguen manteniéndose en el centro del debate político, social y cultural.

#### LA METÁFORA DE LAS PLANTAS CORTADAS Y EL MITO DE ORÍGENES DE LA MONARQUÍA DE LOS MOSSÍ DE BURKINA FASSO

La metáfora de las plantas cortadas que hemos visto desplegarse, con energía recurrente, en varios de nuestros relatos, es un motivo detectable en otras narraciones, en las que asume funciones en parte similares y en parte diferentes de las que hasta aquí hemos conocido. Un ejemplo muy interesante nos lo ofrece el mito de orígenes del pueblo de los mossí, en la actual Burkina Fasso, que vuelve a poner en escena la figura del tirano, de su descendencia, del diálogo entre el rey y un retoño suyo acerca del modo más ético de ejercer el poder... y de las plantas segadas. Aunque, en este caso, todas las tornas parece que se invierten, porque nos encontramos con una hija en vez de con un hijo, con que es ella (y no el padre) quien recurre a la pedagogía de las plantas segadas, y con que las plantas no llegan a ser cortadas, pues su valor ejemplar consiste precisamente en que se quedan en su campo, tal y como estaban.

El tirano se llamaba, en este mito, Nedega, y era un rey muy poderoso al que el destino dio muchas hijas pero ningún hijo. Obligó entonces a una de sus hijas, Yennenga, a vestirse, a entrenarse, a vivir como un guerrero, y ella se convirtió en el más valeroso de los héroes. Pero un día sintió la joven la necesidad de esposarse y de tener hijos, lo que hizo que estallara la cólera paterna.

Yennenga hubo de construir y manejar entonces su propia metáfora de las plantas cortadas para razonar con su padre:

---

<sup>12</sup> *Historia secreta de los mongoles*, pp. 191, nota.

Cierto día, Nedega supo que Yennenga había sembrado un campo de mijo y que las espigas estaban ya listas para la siega. Fue entonces cuando la princesa guerrera fue a buscar a su padre.

–Te ruego que me acompañes –le dijo–. Debo enseñarte algo

Y Nedega siguió a Yennenga hasta el lindero del campo. Las espigas se doblaban empujadas por la brisa y cada una de ellas era un canto a la fertilidad.

–Mira bien, padre, mira esa belleza inútil. Porque no voy a segar los frutos, se secarán y se marchitarán sin que nadie goce de ellos.

El rey no podía comprender aquella extraña decisión y preguntó a su hija por qué se negaba a recoger su cosecha.

–Tal vez así comprendas lo que voy a decirte, padre mío. Te niegas a que me case, me niegas un hombre que sea el padre de mis hijos. Seré pues como el mijo, la simiente que llevo en mis entrañas será tan inútil como esas espigas. Pasarán las lunas y se marchitarán.

El rey montó en cólera, pues las palabras de Yennenga le recordaban que, a pesar de todas sus artimañas, no había tenido un hijo varón. Las palabras de Yennenga le recordaban que la muchacha era ya una mujer y que el vientre de la mujer es la tierra donde la vida hunde sus raíces.

Pero el rey montó en cólera y ordenó a Yennenga que permaneciera en su choza, que no volviera a salir.<sup>13</sup>

La pugna entre el tirano y su hija se precipita. Ella escapa con el más fiel de sus siervos, que es muerto durante el éxodo. Yennenga se queda sola. Una noche se introduce en una cabaña donde descansar, y cuando el cazador que la habita regresa al amanecer, se acuesta con ella:

De la unión del cazador de elefantes y la princesa guerrera nació un niño fuerte y hermoso al que llamaron Uedraogó: el semental, para honrar al caballo a cuyos lomos cabalgó Yennenga hasta que los dioses pusieron en su camino al cazador que haría fructificar su vientre.

El campo de mijo era segado y la princesa tenía ya lo que su padre le había negado.<sup>14</sup>

Al cabo del tiempo, la princesa regresa a su reino, recibe a regañadientes el perdón del tirano, y el nieto nacido en tan dramáticas circunstancias acaba por convertirse primero en heredero y luego en cabeza del poderosísimo imperio mossí.

#### EL MOTIVO K912: LA DECAPITACIÓN AL PASAR POR LA PUERTA (Y LOS HERMANOS MARX EN LA GUERRA)

---

<sup>13</sup> Agnès Agboton, “Yennenga, la amazona”, *Na Mitón. La mujer en los cuentos y leyendas africanos*, Barcelona, Integral, 2004, pp. 33-37, pp. 34-35.

<sup>14</sup> Agboton, “Yennenga, la amazona”, p. 36.

No tenemos tiempo ni espacio para descomponer formalmente todos los relatos que han ido pasando ante nuestros ojos, ni para dedicar un análisis detallado a cada uno de sus motivos constituyentes. Pero sí para dejar apuntados, al menos, ciertos paralelismos que nos permitirán entenderlos como sumas de motivos folclóricos, flotantes, migratorios, acoplables a los armazones fabulísticos más diversos, y cuyos despliegues y repliegues acaban dibujando geografías (narrativas) difusas pero bien reconocibles.

Fijémonos, por ejemplo, en el motivo folclórico que tiene el número K912 en el gran catálogo de motivos de Stith Thompson<sup>15</sup> (quien lo documenta en Islandia, en el Missouri francés, en la India, en Japón), y que ha sido definido de este modo: “Las cabezas de los ladrones (o de los gigantes) son cortadas, una por una, a medida que entran en una casa”. Este motivo general conoce, por cierto, variantes más específicas, como la de las narices (K912.01) o las manos (K912.02) cortadas a medida que las inadvertidas víctimas van atravesando la puerta fatídica.

Que estamos ante un motivo de viejísimo arraigo, costumbres viajeras y escasos prejuicios a la hora de acoplarse a una fábula o a otra lo prueba su adhesión regular, por ejemplo, al cuento que tiene el número 956 en el catálogo de cuentos internacionales de Aarne, Thompson y Uther,<sup>16</sup> donde se halla etiquetado con un título (*La habitación caliente en la casa de los ladrones*) que ha venido a sustituir a otro que era mucho más significativo para nosotros (*Las cabezas de los ladrones son cortadas una por una a medida que entran en la casa*). He aquí el resumen de Uther:

Un hombre (gordo) (mercader, soldado, marinero, policía) entra en la casa de unos ladrones. (Es encerrado en una habitación caliente en la que la grasa humana es derretida). Muchos cadáveres cuelgan por allí. Cuando los ladrones regresan a casa, el hombre corta sus cabezas una tras otra, y se queda con sus tesoros.

El resumen del inicio del cuento 956B (*La Muchacha que está sola en casa mata a los ladrones*) del mismo catálogo de cuentos internacionales es aún más significativo, entre otras cosas porque el número de doce víctimas de la decapitación que a veces se le asocia coincide, por ejemplo, con los “XII ricos hombres et otros caballeros” que Ramiro II de Navarra “escabeçó”:

La hija (o la sirvienta, o las tres hijas) de un molinero (o granjero, mercader, mesonero, gobernante) se queda una noche sola en casa (o en una torre al

---

<sup>15</sup> Stith Thompson, *Motif-Index of Folk Literature: A Classification of Narrative Elements in Folktales, Ballads, Myths, Fables, Mediaeval Romances, Exempla, Fabliaux, Jest-Books and Local Legends*, ed. rev. y aum., 6 vols., Bloomington & Indianapolis-Copenhague, Indiana University-Rosenkilde & Bagger, 1955-1958, núm. K912.

<sup>16</sup> Hans-Jörg Uther, *The Types of International Folktales. A Classification and Bibliography, Based on the System of Antti Aarne and Stith Thompson*, Helsinki, Suomalainen Tiedeakatemia-Academia Scientiarum Fennica, 2004, núm. 956.

lado del mar, o en el tesoro de su padre). Cuando una partida de (doce) ladrones entra en la casa a través de una ventana, ella corta sus cabezas una por una y mete los cuerpos dentro. El jefe de los ladrones resulta herido, pero consigue escapar...

Recordar que el motivo aparece, convertido en hilarante episodio cómico, hasta en el final de *Duck Soup (Sopa de Ganso)*, la célebre película rodada en 1933 por los inimitables Hermanos Marx, en el escenario de una guerra disparatada que al final es ganada por Groucho y por los suyos gracias al afortunado azar de la puerta estrecha y del enemigo inadvertido que la atraviesa (y que, por supuesto, no es decapitado, aunque reciba un buen escarmiento), es un indicio más que revelador del arraigo, de los viajes, de la proteica capacidad de adaptación que, a lo largo de la historia, han demostrado tener estas anécdotas.

#### EL MOTIVO DEL ARMA MÁGICA (Y LA KATANA DE *KILL BILL*)

En muchas de las fábulas que hemos ido conociendo, el arma asesina, por lo general exhibida o entregada por el maestro al discípulo, cumplía un papel muy singular. Una absolutamente paradigmática es la que la madre del héroe narto Batraz entregó a su hijo después de vencerle con ella. Arma que estaba íntimamente ligada a la existencia del héroe, y que arrastrará su muerte en el preciso momento en que ella se sumerja en el agua.

Los motivos similares que han sido documentados en tradiciones muy diversas son, por ejemplo (según indica el imprescindible índice de Thompson):

D1081. Espada mágica

D812.12.1. Espada mágica recibida de un enano en sueños

D813.1.1. Espada mágica recibida de la mujer del lago

D1344.11. Espada mágica que hace invulnerable

F343.3. Herrero sobrenatural entrega una espada mágica

F343.10.1. Hada que entrega al héroe una espada mágica

E711.10. El alma en la espada

D 878.2. Espada mágica arrojada a un lago por un héroe moribundo (Irlanda)

F948.4. Espada extraordinaria se hunde en la tierra después de ser usada

Muchos más motivos conexos están relacionados, de un modo o de otro, con las demás fábulas que nos han ido saliendo al paso. Apuntemos sólo éstos:

T645.1. Espada dejada a un hijo póstumo para que mate al asesino de su padre

F405.1. Sacerdote repele al espíritu con la espada

E373.2. Espada recibida de un padre muerto a quien se le ha requerido

Si nos entretuviésemos en rememorar las armas mostradas o entregadas en nuestros relatos por los maestros a sus discípulos (Trasibulo a Periandro, Tarquino el Soberbio a Sesto Tarquino, Forçado a Ramiro II, el Cristo Riguroso a Fray Berruguete, Yavé a Moisés, Yoda y Obi a Skywalker, Dumbledore a Harry Potter), y si siguiésemos los rastros literarios o cinematográficos de otras armas prodigiosas que han sufrido avatares similares, acabaríamos enredados en los episodios artúricos relativos a Excalibur, en las leyendas germánicas relacionadas con la espada de Sigfrido, o en la forja asombrosa del arpón que habría de matar a *Moby Dick*. O en las impresionantes escenas de *Kill Bill*, la célebre película de Quintin Tarantino estrenada en 2003 y 2004, que muestran la forja de la katana que entrega el maestro de herreros Hattori Hanzo a Beatrix Kido para que pueda ella satisfacer su sed de venganza contra el antiguo maestro, Bill, que antes de traicionarla le había enseñado todo.

#### EL ONONTZARO-MOKOR DE LARRAUN, O LA DICTADURA EXPLICADA A LOS NIÑOS

Terminemos: en el imaginario tradicional del pueblo navarro de Larraun está bien asentado el mito del *Onontzaro-mokor* u *Orontzaro*, el personaje – equiparable a los Reyes Magos, al Santa Claus, al Papá Noel, a la Beffana de otras tradiciones internacionales– que reparte, durante las fiestas navideñas, sus regalos a los niños.

Pero el *Onontzaro-mokor* de Larraun tiene una característica muy especial: “Se le representa con una hoz que, según se ha solido decir a los niños, la utilizaba para cortar el cuello a los que quebrantaban el ayuno anterior a Nochebuena. También se les decía que posee tantos ojos como días tiene el año, más uno.”<sup>17</sup>

Una vez más, nos tropezamos, en el contexto más inocente y más inesperado (iel de la mitología infantil y navideña!), con el mito del dictador, siempre atento y vigilante (lleno de ojos), que beneficia y protege

<sup>17</sup> José Dueso, *Navarra encantada: guía singular*, s. I, Guías singulares Edit., s. d., pp. 59-60.

a los suyos, pero que no vacila en decapitar (con una hoz equiparable a las espadas carismáticas que nos han ido saliendo tan al paso) a quienes no respetan las normas que articulan la identidad y sustentan el orden cultural de la comunidad.

Con relatos y metáforas de esta especie (nos gusten o no, nos parezcan tétricas y sangrientas o no, las creamos adecuadas para el público infantil o no) han crecido y forjado su mentalidad, sus creencias, sus valores, los niños del pequeño pueblo de Larraun. Pero también lo han hecho, con el alimento de historias muy similares, los muchísimos millones de niños que han visto la saga de *Star Wars* o que han seguido (en los libros o en el cine) las aventuras de Harry Potter y de sus guerreros armados de espadas luminosas o de varitas mágicas enfrentándose con violencia inaudita a sus enemigos.

Se ha dicho muchas veces que la humanidad (la infantil y la adulta) necesita, ineludible, desesperadamente, alimentarse de mitos. Pues bien: todas las historias que han ido pasando ante nuestros ojos suponen la enésima confirmación de que eso es verdad.

Se ha dicho, también, que todos los pueblos necesitan conformar su imaginario, sus ritos, su comportamiento, sobre la horma de los mitos. Que ningún relato puede ser neutral ni inocente. Que todos buscan guiar, condicionar, contaminar, proponer modelos de acción positiva o negativa a los seres humanos. Nuestras historias de tiranos malos a los que no hay que imitar y de dictadores buenos a los que hay que obedecer no lo desmienten.

Se ha dicho, también, que las versiones incontables, casi infinitas, de los relatos que circulan en una dirección y en otra por el ancho mundo son, en realidad, reflejos, desarrollos, ecos, de un elenco limitadísimo de relatos-base, o de relatos-tipo, de los que emanaría toda la prodigiosa selva de variantes que puebla nuestro horizonte cultural. Nuestras historias, unas y diversas, parientes cercanas o remotas, asombrosamente parecidas en algunos de sus motivos y misteriosamente discrepantes en tantos otros, avalan también esa opinión.

